

Sergio del Molino

Los alemanes

Premio
ALFAGUARA

de novela
2024

Índice

1. Fede	13
2. Eva	25
3. Fede	35
4. Eva	41
5. Fede	61
6. Berta	71
7. Fede	83
8. Berta	87
9. Fede	95
10. Berta	99
11. Fede	107
12. Eva	129
13. Fede	151
14. Eva	161
15. Fede	167
16. Ziv	173
17. Fede	181
18. Eva	193
19. Berta	203
20. Fede	215
21. Ziv	219
22. Eva	235
23. Fede	237
24. Eva	245
25. Ziv	255
26. Eva	261
27. Ziv	271

28. Berta	277
29. Eva	285
30. Fede	295
31. Eva	305
32. Fede	313
<i>Una deuda y alguna gratitud</i>	319

El 2 de mayo de 1916, los vapores Cataluña e Isla de Panay atracaron en el puerto de Cádiz. Transportaban a seiscientos veintisiete alemanes procedentes de la colonia de Camerún, conquistada por los aliados en febrero de ese año en uno de los episodios menos conocidos y menos comentados de la Gran Guerra. En lugar de rendirse a sus enemigos, los alemanes se entregaron a las autoridades españolas en Guinea. España, como potencia neutral, los acogió como internados. Ya no abandonaron el país y se instalaron, sobre todo y entre otras ciudades, en Alcalá de Henares, Pamplona y Zaragoza. Pronto se harían famosos y serían conocidos como los alemanes del Camerún.

Hasta aquí, la historia tal y como aparece en los registros. A partir de aquí, la leyenda.

1. Fede

Iré a ver a papá, le dije. Claro que iré. Ya había decidido ir antes de que me clavase el codo con la mirada, y mucho antes de que chasqueara la lengua y suspirase. Se le pone cara de adolescente cuando se enfada, pensé, pero a lo mejor sólo se la veo yo. Serán cosas de hermanos.

Cuando bajé del taxi y me encaminé a la cancela, Eva me vio venir y cruzó los brazos. Rígida, ni adelantó una pierna para salir a mi encuentro. Esperó a que llegase y ni siquiera respondió a mi abrazo. Le di un beso en la mejilla, un beso de verdad, de los que manchan, y no se movió ni me saludó. ¿Vienes directo, sin pasar por casa de papá?, me dijo, como si yo tuviera la culpa de los horarios de Iberia, como si hubiese urdido una trama de trenes retrasados y vuelos cancelados.

—¿No has traído maleta? Pensé que te quedabas unos días, hasta la despedida, al menos —dijo, mirando la mochila que llevaba a la espalda, una mochila pequeña donde sólo cabían dos camisas y una muda.

—No quería facturar, ya me apañaré. Que sí, joder, me quedo unos días, claro que me quedo unos días.

—Bien, porque habrá que decidir qué hacemos con los papeles de Gabi y hay que firmar un montón de cosas.

Eso, decidamos ahora. Arreglémoslo todo en la puerta del cementerio, antes de que me vuelva a escapar y no responda a los correos y finja que mi vida no tiene nada que ver con la vuestra.

Ya no tenía flequillo que soplarse cuando mi presencia se le volvía insoportable. Llevaba media melena y le sentaba bien. Se había quitado algún año. La última vez que la

vi parecía una señora triste llena de raspas, pero había cambiado. Me sonaba que tenía un novio. Sería uno de esos que compadreaban en la puerta, un tipo fino y educado, alguien cariñoso que no le haría perder la compostura. Me habría gustado decirle que la veía muy bien, que sonaba feliz, que ya no era aquella mujer vencida que tanto me espantó la última vez.

—Bueno, ya hablaremos luego. He reservado mesa en Angelito, puedes ir a ver a papá después, ¿te parece?

Me tocó el brazo y me acarició la chaqueta arrugada. Dudó un segundo y dibujó algo así como una sonrisa. Retrocedí un paso ante aquella suavidad, y ella me abrazó sin que yo pudiera responder. Acercó su boca a mi oreja y me dijo:

—Apeistas, tío, y te canta el aliento, no te acerques mucho a la gente.

La gente a la que no podía acercarme era un grupo bien vestido, un poco rancio, a la moda provinciana de la ciudad, que era eterna y recordaba mucho a la moda provinciana de mi ciudad alemana. En medio de aquel grupo de trajes aburridos para señora y caballero comprados en las plantas respectivas del Corte Inglés, mi chaqueta con coderas y mi camisa a cuadros desentonaban como nunca desentonó Gabi, cuyo contraste con el paisaje textil de la ciudad era de contrapunto. Yo iba despeinado y sin disimular una mancha de tomate en la pernera derecha del vaquero, a la altura de la rodilla, resto de una currywurst zampada a toda prisa en la terminal de Frankfurt cuando ya había empezado el embarque. Había sido mi desayuno, y aún centrifugaba en el estómago, provocándome el mal aliento del que me había avisado mi hermana y que podía utilizar como escudo contra esa sociedad concernida que me miraba de reojo, sin confirmar ni desmentir que yo era yo, el que vivía fuera, el que nunca aparecía por casa.

Mi hermana entró y saludó a unos señores de la edad de papá, pero con salud, capaces de vestirse, aguantar de

pie, dar la mano y ofrecer pésames, y yo me quedé en la verja, como si aún estuviese a tiempo de decirle al taxista que volviera. El funeral público —la despedida, como lo llamaban con eufemismo— estaba programado para unos días después en el teatro, con canciones, discursos, alcaldes, músicos, poemas recitados por escritores y todo lo que se podía esperar para un difunto por quien la ciudad entera lloraba, como se leía en la prensa donde se publicaban las esquelas a media página y sin cruces. Esto último era fundamental. Mi hermana pidió pruebas de impresión de las esquelas antes de autorizarlas y me las mandó por wasap con la frase si te parece bien.

Nihil obstat, imprimatur, le contesté.

Ella empezó a escribir una respuesta. Se fijó un rato en la pantalla el mensaje *escribiendo*, pero al final no puso nada.

No me salió del cuerpo decirle que no soportaba revisar la esquela de mi hermano en esa estación, de la que el tren iba a salir con una hora de retraso, lo que me haría perder el avión y me obligaría a dormir en uno de esos hoteles para suicidas de los aeropuertos. Quise decirle que ella tampoco tenía que aprobar ni vigilar nada, que daba lo mismo que salieran una o veinte cruces, que no importaba si escribían bien el apellido sin dejarse la T o la H o el orden en que se nos citase a los que lamentábamos mucho la pérdida y blablablá. Da igual, hermana, quería decirle, enfatizando el hermano, sin su nombre, pero le puse nihil obstat, imprimatur, y ella pensó que yo era imbécil, como siempre, y también quiso decírmelo, pero le bastó con saber que no habría cruces en la esquela, que se publicaría laica y limpia, y que yo me daba por enterado a todos los efectos.

Lo de aquella mañana era un entierro en el sentido más estricto de la palabra. Consistía en sepultar su cadáver al estilo antiguo, en una tumba excavada en la tierra. No lo dejarían en un nicho, ni siquiera en un panteón, aunque la familia tenía pedigrí para erigir uno. Nuestro apellido debería destacar en una construcción de granito en la alame-